

JENARO CARDONA

CR
863.6.
C268.e
C.E.

LA ESFINGE DEL SENDERO

Segundo Premio



BIBLIOTECA LITERARIA
DEL ATENEO NACIONAL

Esta histórica
novela de mi abuelo
Tenorio a la Biblioteca
Nacional, en cuyo noble
edificio debe estar desde
ahora en adelante:

LA ESFINGE DEL SENDERO

Antonio Est

San José, 14 de
Enero 1987

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ATENEO NACIONAL

LA ESFINGE

DEL SENDERO

Novela escrita para el Certamen convocado por el Ateneo Nacional
de la República Argentina, en 1915

POR

JENARO CARDONA

(COSTA RICA)

SEGUNDO PREMIO

edición cuidadosamente
corregida por el autor.



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE JOSÉ TRAGANT - CALLE BELGRANO, 446

1916

LIBRERIA
"HISPANO-AMERICANA"
DE MANUEL GARCIA

a)

Concurso de Novelas Americanas

B A S E S

El ATENEO NACIONAL de la República Argentina, establecido en la ciudad de Buenos Aires abre un concurso entre todos los escritores de las distintas naciones de la América Latina o del habla española residentes en ella, invitándoles, a escribir una novela, sobre las siguientes bases:

1.^a La elección del tema será libre, recomendándose, no obstante, aquellos que puedan dar lugar a la vez a la mejor descripción de la naturaleza física y al reflejo de la tradición histórica y social del país que se elija como lugar del asunto.

2.^a El trabajo deberá ser presentado en hojas formato papel de oficio, escrito de un solo lado, a máquina, no pudiendo exceder de 600 páginas ni ser menor de 400.

3.^a El trabajo debe ser entregado bajo un pseudónimo, desde el 15 de Diciembre de 1915 al 15 de Febrero de 1916, al presidente del ATENEO NACIONAL directamente, o por medio de las Legaciones o Consulados correspondientes, poniendo a la vez, en un sobre cerrado y lacrado, el pseudónimo elegido y el nombre propio del autor.

4.^a El ATENEO NACIONAL designará con anticipación un Jurado especial, a fin de que resuelva sobre el mérito de las mejores novelas

5.^a Acuérdate tres premios:

El primero 10.000 pesos moneda nacional argentina de curso legal.

El segundo de 5.000 pesos de la misma moneda, y

El tercero de una mención honorífica.

6.^a La primera edición de las tres novelas que resulten premiadas será de propiedad del ATENEO NACIONAL, con arreglo a la Ley Argentina de la materia. El ATENEO las hará imprimir por su cuenta, divulgándolas en todos los países del habla española, y destinará a sus respectivos autores el 25 por ciento del producido líquido de dicha impresión.

7.^a Las novelas no premiadas estarán a disposición de sus autores o de quienes los representen, hasta el 30 de Abril de 1916. Pasada esta fecha no se admitirá reclamo alguno.

8.^a Los premios serán distribuidos en una fiesta pública, en el mes de Julio de 1916, en homenaje al Centenario de la Independencia Argentina.

VEREDICTO

Reunidos los que suscriben, miembros del jurado llamados a resolver definitivamente acerca del mérito de las novelas americanas presentadas con motivo del concurso organizado por el ATENEO NACIONAL de la República Argentina y puestos de acuerdo en cuanto a las obras que deben ser materia de discusión y dentro de las bases del mencionado concurso,

RESUELVEN:

ARTÍCULO 1.º Atento el propósito primordial de estímulo que tiene este concurso, conceder el primer premio (Diezmil pesos moneda nacional de curso legal) a la novela titulada **La Casa de los Cuervos**, firmada con el pseudónimo *Le Vert Colobri*. (Santa Fe).

En cuanto al segundo premio, el Jurado se divide en la apreciación de la novela titulada **La Esfinge del Sendero**, suscripta por el pseudónimo *Olimpiodoro*, (Costa Rica).

Acerca de esta novela el señor del Solar expone que su juicio le es de todo punto adverso y vota en contra de esta obra, dando las razones que para ello tiene. Los señores Dr. Cantón, Dr. Agote y Dr. Peña dan las suyas en sentido favorable, resultando en consecuencia con mayoría de votos.

El tercer premio, Mención honorífica, es concedido por los presentes a la novela ¡**En este País...**! presentada con el pseudónimo *Patricio Arsnovo* (Venezuela).

ART. 2º El ATENEO NACIONAL procederá a la entrega de estos premios en acto público, pudiendo antes abrir los sobres que contienen los nombres de los autores premiados, a los efectos de la impresión de las obras, etc.

ART. 3º Recomiéndanse a la consideración del ATENEO NACIONAL, para la ampliación del tercer premio, o sea Mención honorífica, las siguientes novelas: **Por la Gloria de San Ambrosio**, (Chile); **La Sulamita**, (Venezuela); **El Último Solares**, (Venezuela); **Cizafia**, (Colombia).

En Buenos Aires a Septiembre 11 de 1916.

ELISEO CANTÓN.—ALBERTO DEL SOLAR.—LUIS AGOTE.—DAVID PEÑA.

Cuadro negro.

EL ATENEO NACIONAL de Buenos Aires nunca pagó el premio ofrecido en las bases del concurso que hizo publicar en todo el continente hispano. Ni siquiera rindió nunca cuentas del resultado de la publicación de esta novela.



I

Allá, en la troje, se oía la animada charla de los dos muchachos.

Ella, graciosa chiquilla de 14 años, lista y vivaracha, con esa acuciosidad que revela desde la infancia a la mujer casera y hacendosa, que se preocupa del orden y los quehaceres domésticos.

El abundante cabello negro, de un negro profundo como sus ojos, como las cejas—graciosos arcos que parecían trazados por un pincel mojado en tinta china—llevábalo recogido hacia atrás con un pedazo de cinta azul, color de que era muy amante, quizá porque una tímida intuición de coquetería le había enseñado que tal color y el rosado, armonizaban lindamente con los cutis morenos como el de ella.

El sol y el aire libre del campo habían puesto en sus mejillas esas rosas que acusan, a más de excelente salud, un temperamento sanguíneo, rosas que se esfumaban suavemente en su delicioso color moreno, formando un contraste encantador. Era la chiquilla una armonía, la

armonía de la forma que se vigoriza en deliciosas curvaturas, en la transición precoz, aquí en los trópicos, de la infancia a la pubertad.

El chico, que apenas contaría 17 años, era de cuerpo enjuto, un tanto delicado, pálido; pero llamaban desde luego la atención sus grandes ojos pardos oscuros, de un iris formado por puntitos dorados, que parecían brillar suavemente; ojos luminosos que miraban con inteligencia y dulzura, orlados por largas pestañas negras, todo lo cual le había valido alguna vez el mote de *ojos de santo*. Tenía, además, el chico, una alta y hermosa frente, nariz recta, un tanto carnosa, y en su boca, de líneas fuertes y acentuadas, ~~se~~ se dibujaban precoces rasgos de energía y resolución.

Ambos estaban sentados, el uno frente al otro, sobre las mazorcas de maíz que llenaban la tercera parte de la troje, y mantenían entre las piernas sendos canastos de mimbre, en los cuales iban echando el maíz a medida que lo desgranaban de las mazorcas, previamente despojadas de la tusa.

Llamábase el chico Rafael María; era huérfano; de diez años había sido recogido por *ñor* Ignacio, su padrino, uno de los vecinos más ricos y considerados de la villa de San Roque, y dos años después lo había mandado al Padre Juan Bautista, cura del lugar, para que sirviera allí en los menesteres de la casa, y se fuera

aficionando a las cosas de la iglesia, hacia las cuales el chico manifestaba una ardiente inclinación. Poco a poco fué tomando tanto gusto a dichas cosas, que, cuando no tenía que desgranar maíz, echar de comer a los cerdos y a las gallinas, bañar el caballo del cura o barrer el patio y demás dependencias de la casa cural, se escapaba para la sacristía, y allí se estaba las horas muertas mirándolo todo y trasteando por los rincones con cuanto cachivache encontraba; pero, eso sí, con toda la veneración y respeto que siempre le inspiraban las *cosas santas*.

Pronto fué el brazo derecho del Padre Juan, pues aun cuando el sacristán de la Iglesia devengaba veinticinco colones mensuales, era todo un haragán y señor don Cómodo, y aunque parezca exageración, más bruto que un becerro. Comprendió que el chico era listo y diligente, y poco a poco le fué cargando de quehaceres, a tal punto, que ya no se ocupaba ni en hacer las hostias que consumía la feligresía.

~~Mirá, Rafaelillo, esta noche tenés que tocar las ocho, porque tengo que ir a un rosario y hay baile y dan chocolate, y mañana tenés que barrerme la Iglesia, porque tengo un dolor aquí en el brazo, que Dios me ayude, y ya que vas, me tocás la misa y me la ayudás... Ah, y no se te olvide que hay que limpiar los candeleros y mudarle el fustán a la virgen de las Mercedes, porque el que tiene está ya muy chorriao.~~



Sólo le faltaba agregar que fuera el último del mes donde el mayordomo, retirara la soldada de los veinticinco y se los metiera en el bolsillo para que hiciese de ellos lo que la gana le diera; pero bien se guardaba de esto el muy ladino.

El chico recibía casi orgulloso y muy agradecido este chaparrón de encargos, y para hacerle justicia, los desempeñaba a conciencia con gran satisfacción, pues en sus adentros, ya se juzgaba persona necesaria e importante.

Éra una gloria para él subir al campanario, empuñar las cuerdas de las campanas y empezar a tocar la misa cuando el oriente se ilumina con los primeros fulgores de la aurora. Primero, unos cuantos golpes fuertes que guardaban entre sí un intervalo de tiempo exacto; luego iban haciéndose más continuos y seguidos, y al propio tiempo más suaves, casi hasta adormecerse, para volver a surgir después vigorosos, vibrantes como gritos de victoria, guardando siempre, matemáticamente el mismo intervalo entre campanazo y campanazo. Su imaginación infantil le sugería, siempre que tocaba a misa, la misma idea, el mismo símil: se figuraba el sonido algo así como un carro de montaña rusa, que al desprenderse de la cima de una cordillera, como la que él tenía enfrente, sonaba fuertemente; a medida que el carro descendía, iba apaciguándose el sonido hasta hacerse casi

imperceptible, cuando se arrastraba por el valle, para volver a subir triunfante y victorioso hasta arriba, en el *crescendo* fuerte, acompasado y seguro de sus golpes. Mientras golpeaba las campanas parecía estar en un éxtasis, émulo de Quasimodo, con las naricillas dilatadas, la vista fija allá en las azules lontananzas que empezaban a bañarse con la luz del sol, y de ~~los~~ *las* cuales iban levantándose dulce y perezosamente las nieblas blanquecinas que habían dormitado en los boscajes y en las laderas. Al concluir, volvía en sí, echaba una mirada triunfante sobre el pequeño vallecito que dominaba desde el modesto campanario, y bajaba lentamente, pensando... ¡pensando en tantas cosas!...

El Padre Juan lo dejaba hacer, y elogiaba la diligencia del muchacho; ya estaba acostumbrado a las comodidades del *tuerto*, porque el sacristán lo era de muy niño, a causa de las viruelas de que padeció, y a la excelente atención de que había sido objeto por parte de un curandero del lugar. Pero, tuerto y todo, juraría, por Dios y por mi ánima, que veía más que Argos con todos los ojos con que lo dotó la mitología pagana.

El padre de Rafael María había muerto en el presidio de San Lucas, donde descontaba la pena a que había sido condenado, por homicidio, según rezaba la sentencia respectiva; pero, aquel infortunado hijo del pueblo había prefe-

machete,
rido llevarse al presidio primero, y a la tumba después, el secreto, el móvil que le había impedido a matar a un hombre, en riña, cara a cara, en un verdadero duelo a **cuchillo**, una mañanita fresca del mes de enero, sin más testigo que Dios. El cuerpo del occiso fué encontrado a poca distancia de la carreta que conducía, y presentaba varias heridas, una de las cuales le dividía el parietal derecho, horrible herida que indicaba un fuerte brazo, y más que todo, verdadera furia, rabia loca en el acometer.

Cuando el lance hubo terminado, Miguel, que así se llamaba el padre de Rafael María, que también había salido con una herida en el antebrazo derecho, llegóse muy tranquilo a la Jefatura política del lugar, y contó todo lo ocurrido, declarándose responsable del homicidio. Salguero, el muerto, lo había provocado con gran insistencia y lo había agredido: eso fué todo cuanto declaró. El pobre hombre, a pesar de comprender lo grave de su situación, mostrábase tranquilo, casi satisfecho. ¡Qué más que sentir en su alma la absolución suprema de su conciencia! ¡Ah, cuánto tiempo había espiado la salida de Salguero!... ¡Cómo había contado los días, y con qué ansia había deseado un encuentro como ese que provocó, con aquel infame que mancillaba su honra, que le había robado el amor de su esposa, hermosísima mujer con la cual se había unido locamente enamorado!

Comprendía perfectamente que si él declaraba todo, la ley le amparaba, y su libertad habría sido decretada después de algunas gestiones que pondrían en evidencia la verdad de las cosas; pero desechó esa idea.

¿Para qué quería ahora la libertad? ... ¿Para qué vivir después de ver su hogar deshecho, anegado en un mar de infamia y de sangre? No; le parecía cobarde este proceder, y prefirió callar, callar como una esfinge, hasta lo último, ya que *la cosa* era ignorada por la gente del pueblo y ya que se había vengado a todo su sabor... ¿Para qué levantar en la pública picota, hecho un andrajo, la honra de su mujer? ... Prefería mil veces el nombre de homicida, a tener que aparecer ante el mundo como un ser deshonorado, del cual todos harían mofa.

Bien es verdad que el juez, en vista de las atenuantes que se le abonaron en esta horrible partida al pobre Miguel, descargó suavemente el peso de la ley sobre el infeliz. Siete, diez, veinte años de presidio, ¿qué le importaba *m.?*

Marchó, pues, a descontar su condena, revuelto con la horda, con la canalla, en una de esas remesas que del interior de las ciudades salen al presidio, mezclado con los asesinos vulgares, con los estafadores, con los incendiarios, con los rateros, aquel hombre honrado a carta cabal, que jamás se embriagó, y que había hecho del trabajo y del amor el único fin de su vida;

ahora formaba parte de aquel lodo, de aquel cieno social, amasado y fermentado con toda clase de bajeza, que se tira allá, muy lejos, para que sus emanaciones pestilentes no contamine a la sociedad donde, ¡oh sarcasmo!, quedan impunes tantos ladrones, tantos estafadores, tantos incendiarios, tantos rateros de honras y de dineros, que esconden su vileza y su cobardía dentro de la levita cortada por el último figurín.

Muy pocos años después, el infortunado Miguel había muerto en el presidio, de una hepatitis aguda, y la pobre esposa, la desgraciada adúltera, había desaparecido del lugar algunos meses después de haber marchado Miguel a presidio,

Rafael María se hallaba ausente, en una finca de su padrino, cuando esto ocurrió, y no hay palabras para describir la inmensa desolación de aquella alma dulce y cariñosa que quedaba en el mundo desamparada, rodando de tumbo en tumbo, como un guijarro despedido por la desgracia, desde lo alto de una cima, al horrible precipicio donde va a estrellarse.

Él ignoraba, como casi todo el pueblo, el motivo de aquel sangriento drama en que se habían hundido sus padres, sus excelentes padres, y la huída de su madre se había clavado en su corazón como un dardo de fuego que lo atormentaba sin cesar. Si era inocente... ¿por

qué huía?... ¿Por qué en lugar de fugarse de aquella manera, no permaneció en su casa, para atender a sus necesidades, para llorar con él la desgracia ocurrida a su padre?...

Ya a los catorce años, Rafael María formulaba cuestionarios como ese, y cada nueva interrogación que se hacía era para él un nuevo indicio de la culpabilidad de su madre, de que había obrado como una mujer desnaturalizada, que no tuvo para él ni siquiera un sentimiento de conmiseración.

Estos sucesos causaron en su pobre alma de niño un cambio radical; tornóse triste/melan- /
cólico y huraño. Ya no jugaba, como antes, con los chicos del pueblo que le miraban—él lo creía así—con malos ojos. Era el hijo de un asesino y de una mala mujer, y se retraía siempre de su compañía; a veces, sentía una necesidad imperiosa de aislarse, de desahogarse solo, y cuando terminaba sus quehaceres en la casa del cura, se escurría hacia la iglesia y metíase en un oscuro camaranchón que quedaba detrás de la sacristía, un verdadero escondite.

Allí, solo, entre andas desvencijadas, entre estatuas de madera desvestidas, que enseñaban los palitroques del busto abajo, entre esos mil cachivaches que se sacan de la sacristía para que no estorben, dejaba pasar el tiempo, curioseando, trasteando, sacando de entre la basura algún ramo de flores de trapo, cuyos alambres

arreglaba, estiraba y componía, para hacerles servir en algún nacimiento o en algún altarcito que ideaba; otras veces se sentía acometido de una profunda tristeza, y allí, delante de algún San Juan de carita azulada, como quien acaba de rasurarse, o frente a un San Pedro llorón, o ante el compungido rostro de alguna *Dolorosa*, soltaba a llorar con honda amargura, con profunda desolación.

Después de esas crisis parecidas a las de un neurasténico, se arrodillaba frente a cualquier imagen, y rezaba, rezaba con hondo fervor, con una unción digna de San Luis Gonzaga. Luego se sentía tan tranquilo, tan sereno, con tal dulzura en el alma, que muchas veces se decía, sonriendo: — ¡Qué tonto he sido!... ¿Por qué lloro?...

En medio de esa vida, Rafael María tenía dos grandes afecciones: amaba al Padre Juan, con toda su alma, como a su propio padre, a quien revestía con una aureola de santidad, y después a Engracia, a la chiquilla, su compañera inseparable, la única amiga que no se burlaba de él, la única con quien solía jugar y salir de paseo, la única alma que parecía comprender sus desventuras, el único ser que le brindaba una amistad franca, pura y sincera. Todo esto lo comprendía el chico, a su manera, y pagaba a su amiga con una gratitud profunda, el favor de su amistad y de su cariño.

Muchas veces sucedía que cuando Rafael Ma-

ría tardaba para llegar a comer, Engracia, que sabía dónde podía encontrarle, se iba a la sacristía, y por el lado de afuera, acercándose a un ventanucho, una especie de claraboya por donde penetraba un poco de luz *al cuarto de los enredos*, como designaban al camaranchón aquél, gritaba, empinándose en las puntas de los pies:

— Rafael... ¿Estás ahí?...

— Sí, entrá— contestaba el preguntado.

— No, si es que ya vamos a comer y el Padre me dijo que te llamara.

— Bueno, ya voy, pero entrá un ratito.

A veces la chiquilla entraba, y allí sostenían conversaciones y discusiones de gran interés e importancia, como esta que voy a relatar.

Una vez que Engracia entró al cuarto de los enredos, después de haber estado revolviendo un poco de basura que se veía en un rincón, del cual habían extraído dos ramos de hojas doradas y desteñidas, Engracia se quedó mirando un San Roque muy feo, que había en un ángulo del cuarto, sobre unas andas. De la nariz, que era descomunal, como nariz de judío, le faltaba una ventana, de suerte que, aquella carilla grotesca y despintada parecía fingir una horrible mueca cuando la miraban. A más de esto, le faltaba la mano derecha, y cuatro dedos y tres cuartos de la izquierda. De cayado y calabacita, ni las señas, y sólo se sabía que *aquello*

debía ser un San Roque, por la consabida llaga que el santo ostentaba en una rodilla, y por un perrillo que tenía a los pies, tan desmedrado y canijo, que parecía comido por la sarna o por el piojo, o por las dos cosas juntas.

Engracia se quedó encarada con el santo, y exclamó, un si es no es incrédula:

—Viera yo si ese San Roque *tuavía* estará bendito!...

—¡Podía nó!...— contestó Rafael María—¿No sabés que a los santos les *dura* la bendición toda la vida?...

—No, hombre, cómo va a ser... ¿No le ves la cara que tiene?... ¡Si parece un Judas!...

—¡Qué bárbara! No digás eso. Los santos se quedan benditos para siempre... Por eso es que cuando ya no sirven, los queman.

Engracia hizo un gesto de duda, y como quien pretende poner en un brete a su contrincante, preguntó:

—Bueno, y ahora decime, ¿ese perrillo estará también bendito? Porque la bendición es para los santos, y no para los animales.

Rafael María fijó la vista en el perrillo, y después de rascarse la nuca, exclamó:

—Pues, es claro que la bendición es para el santo. El perro no es más que un atributo, un adorno, como dice el Padre... Pasa lo mismo con San Rafael: la bendición no le alcanza al pescado... ¿y a San Lucas... no lo representan

con un toro y a San Expedito con una culebra, y al otro con un águila?... y a San Miguel con el mismo diablo?...

En esto estaban, cuando el tuerto, el sacristán, penetró en el cuarto, atraído por el ruido de voces. Inmediatamente sometieron a su leal saber y entender la cuestión, y el tuerto sentenció, después de haber oído a las partes:

— Pues vean, la *prencipal* cosa que se necesita para la bendición es la *perfeición*, es decir, que la imagen sea *perfeita*; pero cuando ya no es, la bendición como que se va acabando poco a poco... y... después queda el *respetto* que debe tenerse por las cosas santas; aunque estén como ese San Roque, sin nariz y sin manos y con todo y el perro.

Los chicos aparentaron comprender la cosa, y acataron aquel fallo sapientísimo. Para algo era sacristán hacía más de ocho años.

II

En la troje se oía la charla de los dos muchachos. Rafael María hablaba con la vista fija en Engracia, sin mirar siquiera la mazorca de maíz que tenía en la mano izquierda, mientras la frotaba fuertemente con un olote que sujetaba en la mano derecha, haciendo caer los granos dentro del canasto. Ciertamente que para ejecutar esa operación no es preciso poner en ella los cinco sentidos, basta el del tacto para que tal operación salga a maravilla, teniendo cuidado, eso sí, de atacar ~~por~~ el olote el principio de una o dos hileras de granos, que lo demás *es coser y cantar*.

— Pues el Padre, dice que no quiere mandarme todavía a San José. Dice, que eso de la vocación no puede saberse hasta que uno sea grande y conozca algo de la vida... Que todos los muchachos a cierta edad siempre piensan lo mismo, que son entusiasmos que pasan...

— *Si*, hombre, — contestó Engracia — *qué* sabés si después te arrepentís?... Yo creo que vos no has nacido para Padre... ¿Por qué no aprendes mejor otra cosa?... Por ejemplo, a carpintero, a

zapatero, y así le podés ayudar al Padre Juan... Pero si siempre quieren que te vayas a San José, podías estudiar para abogado o para doctor, serías allá un señor con leva y bastón.

—Hombre, no. Yo quiero estudiar para Padre; en primer lugar, porque padrino quiere, y en segundo lugar, porque así debe ser... Acordate de papá y mamá... pobrecitos. El Padre Juan siempre reza por ellos y me dice que yo también rece; ¡que la oración es lo único que llega allá!... Pensando en esto, ¿no te parece que es mejor que yo consagre mi vida a pedir por papá que murió en San Lucas, sin confesión, después de matar a otro?... Yo creo que las oraciones de un sacerdote revestido con sus ornamentos, en medio de la misa, delante del altar, son más valiosas que las otras...

—Las oraciones todas son buenas; replicó Engracia, aunque las diga el más pobre infeliz; preguntásele al Padre y verás. ¿Vos crees que *tatica* Dios se fija en que el que reza es sacerdote o no, rico o pobre? Acordate de aquella plática en la Iglesia el domingo pasao.

—Sí, pero no podés negar que un Padre tiene la gracia del Espíritu Santo y está ~~ahí~~ más cerca de Dios—insistió Rafael María.

Hubo una pausa. Engracia tiró el olote que le quedaba en la mano, y moviendo los dedos sopló fuertemente el polvillo blanco de que la tenía cubierta, y luego, sacudiéndola, exclamó:

¡Caray! Ya tengo dos vejigas en este dedo. Pasóse la lengua en la parte dolorida y, estirando las piernas por los lados del canasto, prosiguió en la faena, sin preocuparse mucho de cubrir las pantorrillas que había dejado descubiertas en el movimiento y a las cuales había mirado Rafael María con algún disimulo. Después, y como obsesionado por una idea, continuó el chico:

— Pues, sí, cree que cuando me acuerdo que tengo que irme de aquí, me coge una cosa tan fea... que quisiera no haber concluído los grados de la escuela y que ahora tuviera que volver a entrar al primero otra vez.

Dichosa vos, que ya terminaste también los estudios y que te quedás aquí tranquila, con el Padre, con Tanasia, viendo siempre la placita tan verde, los mangos tan frondosos, yendo a la iglesia y a la sacristía... Cree que me acordaré de todo, de todo, hasta del San Roque aquél que tiene la cara de Judas, como decías... y del perrillo... mientras yo voy a vivir con gente extraña, en el Seminario, sin ver a nadie de aquí. ¿Verdá que me vas a escribir cuando esté allá?...

Engracia miró a Rafael María para contestarle, y al notar dos lágrimas que rodaban por las mejillas de éste, sintió gran aflicción, y con el tono más confidencial y resuelto que pudo, exclamó:

— ¡Tonto! No te aflijás por gusto. Decile al Padre que ya no querés irte y te quedás. ¡Caray, no pensás en la falta que me vas a hacer! Me parece que la casa se quedará vacía... ¡No, no te vayas!...

— Sí, tengo que irme — contestó Rafael María, con firmeza —. Lo he ofrecido de corazón y me parece un deber, una obligación. Mi vida tiene que ser una penitencia. ¡Sólo así salvaré a mis padres! ¡Qué vale esta vida comparada con la eternidad? Preguntásele al Padre; decile que te preste aquel libro que él lee... Pasan años, años, miles de años, y la eternidad empezando... ¡y nunca se acaba, nunca!... He hecho esa promesa y tengo que cumplirla. No te lo había dicho; desde el día de la primera comunión; y cada vez que recibo el Santísimo, me afirmo más en ello.

Engracia no replicó. Quedóse mirando el canasto, pero Rafael María no pudo menos que fijarse en la palidez que había sustituido las rosas de las mejillas de su amiguita.

— Quiero — prosiguió aquél — si Dios me concede esa gracia, ser un sacerdote modelo, así como el Padre Juan, que dicen que es *Santo*.

— Yo creo — replicó Engracia — que todos hacen los mismos ofrecimientos, y ya ves... Allí no más está el Padre Félix... que tiene tres hijos y... no, si no le levanto falso testimonio, si

eso es público; todo el mundo sabe que el cura de El Piñal vive con sus tres hijos, y que hace poco tiempo se le murió una chiquita, de seis meses, de tos ferina... Y acordate del cuento aquel del cura de San Andrés y de una *hija de María*... Sí, parece que lo acusaron a la justicia y tuvo que andar con abogados, y ¡qué sé yo!

Rafael María se quedó escandalizado. Era la primera vez que Engracia se expresaba con tanto valor y con franqueza tanta; y en su afán de defender a los sacerdotes, exclamó con igual valor, alzando la voz:

—Ésos son cuentos y calumnias... Apostaría que eso se lo has oído a la maestra de escuela que es una liberal... casada con un masón, porque el maestro dice que allá en la *ciudad* era masón; la prueba es que aquí nunca va a misa, y siempre se pasa leyendo unos libros que dicen que están prohibidos... Además, que haya un Padre malo, no quiere decir que todos lo sean así... Ésos son ejemplos que nos pone el demonio para huir de la tentación, y para pedir a Dios más fuerza y ayuda...

—Si yo no digo.—interrumpió Engracia— que todos los Padres sean lo mismo: Dios me libre; yo lo que te digo, es que para servir a Dios o sacar un ánima del purgatorio, no es preciso hacerse Padre.

—Sí, pero tienen la gracia de Dios, y ellos son aquí en la tierra sus representantes... ¿No

ves que yo he leído muchas vidas de santos? Casi todo «*El Año Cristiano*», y yo sé lo que vale la virtud y el don de esa gracia.

Engracia se quedó pensativa largo rato. Su imaginación, de muchacha viva, amiga del examen, de inquirirlo todo, con una malicia precoz, que era en ella peculiar, con una cierta independencia de carácter y de criterio, que más de una vez había manifestado con una ingenuidad de niña suspicaz y curiosa, le sugirió ahora una pregunta que ya otras veces se había hecho, pero que no se había atrevido a comunicar a nadie. Mas, ahora, a Rafael María, a quien quería como a un verdadero hermano, al único depositario de su confianza... Alzó la cabeza, y mirando a su amigo de frente, con una mirada llena de franqueza y de lealtad, preguntó, con voz tranquila y sincera:

— Decime, vos, que has leído todas esas cosas... ¿Por qué será que los Padres no se pueden casar...?

Rafael María, que no aguardaba tal pregunta, quedóse un rato perplejo, sin saber qué contestar; se encogió de hombros y dijo, sencillamente:

— Pues, porque les está prohibido...

— ¿Prohibido, por quién...?

— ¡Qué tonta! Por el Papa..., por la Iglesia..., porque el Sacerdocio es un gran ministerio, y si los padres se casaran no podrían desempeñarlo como Dios ha mandado.

ves que yo he leído muchas vidas de santos? Casi todo «*El Año Cristiano*», y yo sé lo que vale la virtud y el don de esa gracia.

Engracia se quedó pensativa largo rato. Su imaginación, de muchacha viva, amiga del examen, de inquirirlo todo, con una malicia precoz, que era en ella peculiar, con una cierta independencia de carácter y de criterio, que más de una vez había manifestado con una ingenuidad de niña suspicaz y curiosa, le sugirió ahora una pregunta que ya otras veces se había hecho, pero que no se había atrevido a comunicar a nadie. Mas, ahora, a Rafael María, a quien quería como a un verdadero hermano, al único depositario de su confianza... Alzó la cabeza, y mirando a su amigo de frente, con una mirada llena de franqueza y de lealtad, preguntó, con voz tranquila y sincera:

— Decime, vos, que has leído todas esas cosas... ¿Por qué será que los Padres no se pueden casar...?

Rafael María, que no aguardaba tal pregunta, quedóse un rato perplejo, sin saber qué contestar; se encogió de hombros y dijo, sencillamente:

— Pues, porque les está prohibido...

— ¿Prohibido, por quién?...

— ¡Qué tonta! Por el Papa..., por la Iglesia..., porque el Sacerdocio es un gran ministerio, y si los padres se casaran no podrían desempeñarlo como Dios ha mandado.

Su contestación pareció satisfacer a Engracia, porque ésta guardó silencio.

Habían terminado la operación, y ambos se levantaron; recogieron las tusas en un rincón de la troje, y en otro canasto pusieron los olotes, que llevaron a la cocina, porque Tanasia no podía guisar ni hacer nada si no tenía a la mano una buena cantidad de ese ~~comestible~~.

combustible.

Volvieron a la troje por el maíz. Rafael María vació en el canasto de Engracia el contenido del suyo y, cargándolo al hombro, llevólo a la cocina.

Engracia quedó, entre tanto, arreglando la troje, tirando hacia la parte interior las mazorcas que habían rodado por el suelo. Estaba sudorosa, y las rosas de sus mejillas aparecían ahora más espléndidas sobre su fino y transparente cutis moreno.

Rafael María volvió para ayudarla, pero viéndola fatigada, le dijo:

-- Deja, yo lo arreglo. — Ella se enderezó y el chico se puso a quitarle de la cabeza, de la espalda, del cabello, que llevaba recogido, algunas basurillas que se habían adherido.

— Gracias — decía ella galantemente, mirándole cariñosa, con aquellos ojos de pizpireta.

Él tenía ahora un semblante más animado y risueño.

— Ya está — dijo —; ahora me voy a la iglesia porque tengo que barrer y hacer mucho. Hasta

luego. Y con un ademán tranquilo, y como la cosa más natural del mundo, tomó la cabeza de Engracia entre sus manos y depositó un beso en su mejilla.

Para ella esa caricia era, desde hacía algún tiempo, cosa corriente, desde una tarde memorable en que Rafael María había sufrido una de aquellas crisis nerviosas, y fué a desahogarse allí, a la troje, donde estuvo llorando largo rato. Engracia, que acertó a pasar en esos momentos, oyó sus sollozos y preguntó:

— ¿Quién está allí?...

— Soy yo, / había contestado Rafael María. / - e

— ¿Qué estás haciendo?

— Nada... Estaba aquí...

— ¿Por qué estás llorando?...

— *Adiós*, si yo no estoy llorando.

— ¿Sí, y esas lágrimas?— replicó Engracia, que a la luz de la luna, que en esos momentos alumbraba el umbral de la puertecilla donde estaba, había notado el llanto de su amigo.

— No, si no es nada— insistió el chico.

— ¿Te ha regañado el Padre?

— No, nadie me ha regañado...

Engracia, que profesaba un afecto entrañable a su amiguito, y que, por otra parte, tenía una sensibilidad exquisita, se sintió hondamente conmovida, y echándole los brazos al cuello sin darse cuenta, casi maquinalmente, acercó su boca al rostro de Rafael María y lo besó. La inmensa

ternura que se albergaba en aquella alma de niña inocente, no halló otra forma de consuelo, y se desbordó en esa caricia sencilla, sublime, inspirada más bien en un sentimiento de caridad, en el cual el alma cree dar toda su compasión y toda su ternura, como quien lleva una gota de miel y un rayo de luz a la amargura que entenebrece el alma. Desde ese día los dos amigos se besaban sin ansias, tranquilamente, así como se besaban con los ojos cuando se encontraban, cuando conversaban. Era un beso de luz de sus almas puras e inocentes, unidas por no sé qué afinidad y secretas tendencias.

III

En un cuarto de la casa cural, con puerta a la calle, se oía el continuo martilleo del Padre Juan, porque el Padre Juan, cura de San Roque, era zapatero, y no como se quiera; tan zapatero como cualquier otro que se ganara la vida componiendo zapatos y otros adminículos de cuero. ¿Acaso no recordaba que San Pablo, el apóstol de los gentiles, ganaba su vida como tejedor?...

Los vecinos de la villa de San Roque, al principio, cuando el Padre Juan abrió su zapatería, empezaron a murmurar, pues no les parecía propio que quien ejercía el alto ministerio del sacerdocio, se rebajara a las tareas manuales de un simple obrero, y murmuraban precisamente porque todos los curas antecesores al Padre Juan, habían vivido única y exclusivamente del *altar*, es decir, a costa de los *fieles* que se encargaron de llenarle la troje de toda suerte de provisiones, y el corral de toda clase de animales domésticos, y todo ello, a cambio de la misa diaria, muchas veces previamente pagada, de una plática dominical, de los pocos bautizos que había o del trabajo de ir a con-

d
1A
fesar algún moribundo de cuando en vez. Bien es verdad que algunos de esos ministros del altísimo habían procreado familia con alguna barragana, y muchos amasado una buena fortuna de la cual hacían vana ostentación, cuando muchos infelices del lugar morían, acaso de miseria fisiológica, mientras llevaban al cura la mejor de sus vaquillas, el cerdo mejor cebado y la gallina más ponedora.

El Padre Juan, ofrecía, pues, el contraste más visible con la conducta seguida por todos sus antecesores. Empapado de las doctrinas evangélicas más puras, podía citarse como varón justo y ejemplar, verdadero ministro de Dios en esta vida de amarguras.

Todos o casi todos los emolumentos que recibía en razón de su ministerio eran para los pobres, o para aumentar el escaso ajuar de la parroquia, que ya no carecía como antes de las cosas más indispensables. En lugar de cubrir su venerable cabeza, que parecía rodeada de un limbo de luz, con rico sombrero de jipijapa, cubríase con su viejo sombrero de fieltro, ya pelado a fuerza de años y de cepillo, y llevaba una sotana que presentaba los colores más caprichosos de un tornasol desesperante: el verde, el negro, el amarillo y el pardo, brillaban sobre aquella urdimbre lastimosa que parecía contar tantos años como el cuerpo que cubría. Para los domingos y ciertas fiestas, él tenía otra so-

tana, flamante, que T'anasia, su ama de llaves, guardaba como oro en paño en el fondo de un viejo arcón.

Tampoco gastaba su tiempo, como muchos de sus antecesores, haciendo visitas a familias donde era fama que existían los más bellos palmitos y las mozas más garridas.

El Padre Juan se ganaba la vida, o poco menos, con su trabajo de zapatero, que ejercía en las horas que le dejaba libre su ministerio, que eran las más del día, salvo en las épocas de mucho trabajo, como la Semana Santa y la fiesta del patrono.

El pueblo todo estaba ya acostumbrado a ver al Padre Juan, encorvado ante su mesa de trabajo, clava que clava, con la sotana antes descrita, arrollada hasta la cintura y defendida del pecho abajo con su delantal de cuero; cubríase el occipucio con un solideo negro, que daba un aspecto de santidad a aquella venerable cabeza llena de mechones blancos. ¡Con qué dulzura hablaba siempre!... Sus consejos confortaban el alma como un vino espiritual, y su entrecejo no se fruncía nunca ante los mayores extravíos que oyera en el tribunal de la penitencia. Sus palabras eran siempre de perdón, llenas de unción evangélica. — «Yo te perdono hijo mío, así como te perdona el que está arriba!...» A ninguno de sus feligreses amenazó nunca con la idea de la condenación eterna; lejos de

mostrar a Dios como un padre irritado, sordo al clamor del delincuente, impasible ante la pérdida de un alma que arrojó al fuego eterno, lo mostraba como a padre infinitamente amoroso, con la palabra de perdón pendiente de su boca, como un raudal de luz, con cuyos fulgores inundaba el mundo:—«Dios es Amor—repetía siempre —; Dios es amor!»

El padre Juan era oriundo de una humilde familia de San José; hijo único, amó entrañablemente a su buena madre, mujer de la clase media, relativamente acomodada. Su padre había sido, en sus buenos tiempos, uno de aquellos valientes comerciantes que hacían su viaje a Nicaragua y a Guatemala, por tierra, con unas cuantas mulas. En ese intercambio de mercancías había logrado formar un pequeño capital. Viaje lleno de penalidades y de peligros, que solía durar meses enteros, por montañas intrincadas, en las cuales muchos encontraron la muerte, a causa de mil privaciones o en lucha con las fieras.

San José era entonces un pequeño caserío, cuyos hogares no se alumbraban sino con velas de sebo, que fabricaba cada hijo de vecino; digo se alumbraban, porque al fin y al cabo, alguna luz se debía usar en circunstancias especialísimas, porque de ordinario, al toque de oración, el *clubrefuego* en España, se hacía aquí lo propio, es decir, se cubría un grueso tizón con la

ceniza del hogar, a fin de encontrar unas pocas ascuas con que hacer lumbre al siguiente día, y cada mochuelo a su olivo.

Era la época de los grandes caserones, con ventanas defendidas por rejas voladas a la calle; de las salas destartaladas, con dos o tres enormes bancos de madera, tallados caprichosamente y lustrosos, no de barnices ni de charoles, sino por el uso; de los anchos estrados, donde se recibían las visitas de gala, en los cuales estaban siempre la rueca que manejava la matrona, de antaño; de las enormes camas de madera, llamadas *cujas*, cubiertas por gigantescos toldos de percal floreado, en cuyo frente lucían grandes ganchos de plata cincelados caprichosamente en forma de serpiente o de cabeza de loro, destinados a recoger las partes delanteras de los toldos durante el día; la época de las mechas de azufre y de fibras de venas de plátanos, para el *estabón*, porque no se conocían los fósforos, y cuando se pedía al vecino prestado el *hueso engordador* para espesar el caldo de la olla; la época de los viejos severos; de costumbres austeras, que usaban corbatín negro y cuellos que parecían gorgueras, que jugaban a la malla mientras tomaban a sorbos grandes jarros de chocolate y olían rapé; la época ¡oh, época feliz!, en que se compraban con un *medio* (1)

(1) Moneda de plata que valga, poco más o menos, cinco centavos de Colón.

un cesto de huevos o un par de libras de excelente carne; se vestía humildemente, y no se conocían esos mil artefactos de lujo y de comodidad con que el comercio invade hoy este paísecito, y se contentaban con lo poco que podía importarse a lomo de mula por nuestro viejo puerto del Pacífico, la histórica Puntarenas, y por los puertos de Moin y Matina, que trajinaron los conquistadores españoles!... ¡Y pensar que esto ocurría hace apenas cosa de noventa años!...

Y ahora tenemos ferrocarriles y telégrafos y teléfonos y luz eléctrica y tranvías y automóviles y teatro de mármol, que puede figurar con orgullo en cualquier parte del mundo, y Bancos y hospitales y asilos y penitenciarías espléndidos, y templos de varios estilos, liceo, conservatorio, observatorio y museo de antigüedades, monumentos de bronce, etc., y el asiento de uno de los tribunales de paz más renombrados en el mundo internacional, que han hecho, de esta republiquita modelo, La Haya de la América Central.

12 La madre del Padre Juan perteneció, pues, a aquella generación, y fué, como todas las de su tiempo, católica ferviente; profundamente religiosa. Había podido conservar algunos bienes, con los que empezó a educar a su hijo, cuyo carácter dulce y bondadoso le inspiró la idea de dedicarlo a la carrera eclesiástica. El mucha-

cho, al principio mostró alguna extrañeza ante la resolución de su madre, resolución que, a medida que el tiempo transcurría, fue tomando las proporciones de un mandato inflexible. 1 e d

Juan Bautista se mostró ~~rel~~acio, porque amaba tiernamente a una muchacha, hija de un amigo de su padre, muerto gloriosamente en la guerra nacional de 1856, con el grado de capitán, y contaba con trabajar al amparo de su madre, y formar un hogar tranquilo y feliz, pero Doña Salvadora, que así se llamaba, se mostró inflexible. ~~repito~~

—¿Por qué [—]decía a su hijo [—]por qué huyes de la gracia de Dios?.. Hasta tu nombre, Juan Bautista, te está llamando a esa vida de gracia y de virtud. Prométeme eso y en seguida arreglo mis asuntos. Ya estoy vieja, próxima a abandonar este mundo, y quiero dejar sobre él a mi hijo para que redima mis pecados, en el ejercicio del más santo de los ministerios.

Después de alguna lucha, Juan Bautista había consentido. Amaba entrañablemente a su madre, y le hizo el sacrificio de su vida y de su dicha.

Esa noche, cuando entró ~~a~~ su cuarto para acostarse, se arrodilló ante una imagen de la Virgen que frente a su lecho tenía, y entre sollozos ahogados que subían a su garganta, hizo su gran promesa, y lanzó un juramento sagrado, como aquél que, experimentando un agudo dolor, se complace en lastimar con inaudita crueldad. 1 en

dad su propia herida. Así profirió su promesa, promesa que, años después, le espantaba, porque para cumplirla era menester un alma de santo, ya que el miserable barro humano tiene rebeldías satánicas capaces de sacrificar toda una eternidad de ventura por la satisfacción de apetitos y concupiscencias pasajeras.

¿Querían su sacrificio? Pues bien, al sacrificio; pero al verdadero sacrificio, que no entienda de componendas con el mundo, ni con las pasiones; sacrificio despiadado que lo hartara de sufrimientos y de dolor, pero que no lo matara, para saborear el sufrimiento golpe, tras golpe, mordisco tras mordisco.

Con los ojos velados por las lágrimas, allí, delante de la estampa de la Virgen, que lo miraba dulcemente, compasivamente, le juró sus votos de absoluta castidad y de pobreza. Ministro de Dios?... Sea.— Y mientras él hablaba, ~~mientras revelaba~~, miraba el rostro de la Virgen fijamente, tan fijamente, que más de una vez sufrió una alucinación. El rostro de la estampa se hundía, se desvanecía, y en cambio se transformaba en el rostro de María Dolores, su novia, que lo miraba llena de tristeza y de dulzura desde el modesto cuadro colgado en la cabecera de la cama.

Doña Salvadora realizó dos de sus propiedades, quedándose apenas con lo muy necesario, para los pocos días de vida que le restaban, y

arregló el viaje de Juan Bautista a León de Nicaragua, diócesis a la cual iban a ordenarse desde aquí en aquellos tiempos, pues aún no existía el ^{se}minario en Costa Rica, ni había obispado. Quizás por estas razones, el clero antiguo era, en su generalidad, mucho más moral que el de ogaño, pues sólo emprendían esos viajes, en aquella época, penosos y llenos de incomodidades y dispendios, los que, en una edad ya madura, sentían verdadera inclinación al sacerdocio, inclinación que ponían a prueba con un viaje de esa naturaleza, y soportando un clima ardiente, ^l ~~l~~ infinidad de incomodidades y escaseces.

12 Cuando Juan Bautista volvió, ya ordenado, a Costa Rica, su buena madre había muerto, y se ~~en~~contró único heredero de lo que le restaba al morir: una casita con un cuarto de manzana, por el lado del Hatillo, y mil pesos ~~de~~ ^{en} hermosas peluconas de oro antiguo, que un viejo honrado había recibido en depósito de doña Salvadora y que trató de entregar al padre Juan Bautista a su regreso.

Pero éste, cuando vaciaron el saquito que contenía el oro, no quiso tocarlo. Casi con asco y sin mirarlo siquiera, le dijo al buen viejo:

— Y para qué quiere Vd. que yo reciba eso?

— Eso es suyo, tata Padre, y puede alquilarlo barato a algún pobre que quiera trabajar.

— ¿Alquilarlo barato? Yo, alquilando dinero? —

repuso el Padre Juan poniéndose rojo como la grana —. Vea, hágame el servicio de llevarse eso, y ya le diré más tarde lo que haremos.

El Padre Juan Bautista admiraba el mandato bíblico — «Y no tendrá heredad entre sus hermanos: Jehová es su heredad como él lo ha dicho»⁽¹⁾ — y las palabras del apóstol, no por simple imitación, sino porque palpitaban honradamente en su conciencia — «No proveáis oro ni plata, ni dinero a vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni zapatos ni bordón; porque el obrero digno es de su alimento. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos: De gracia recibisteis, dad de gracia»⁽²⁾.

Pocos días después el Padre Juan Bautista encargó a una buena y caritativa señora que le levantara un censo de cincuenta pobres de solemnidad, y un tiempo después los mil pesos habían pasado a manos de esos pobres, a razón de veinte pesos por barba. Cuando algún agradecido llegaba a la casita del Padre, con lágrimas en los ojos, a significarle su agradecimiento, le contestaba: — No soy yo quien le socorre; es mi madre quien así lo dispuso. ¡Rece usted por ella, y... por mí!

Seis meses después, el Padre Juan fue enviado de cura a un lugar lejano de la capital, lu-

(1) Deuteronomio, XV-III, v. 2.

(2) San Mateo, Cap. X, v. 8, 9 y 10

gar que se distinguía por los escándalos de todas clases, y donde el juego, el alcoholismo y la prostitución existían en grande escala. Contaba entonces el padre 28 años de edad.

Este período fue el más doloroso del calvario que pasó aquella alma bañada en los más puros destellos del cristianismo. ¿Para qué narrar aquellos sufrimientos, aquellas angustias, aquellos desfallecimientos de un alma asida a la roca de la fe, mientras es combatida por el furioso oleaje de las pasiones, mientras sus carnes son mordidas, roídas con despiadada crueldad, día por día, hora por hora, minuto por minuto, por las pasiones del ser fisiológico, de la bestia que dormita en el fondo del yo humano, y que hambrienta y sedienta, como chacal en celo, ruge, persigue a su víctima, la acosa, la asalta despierta, dormida, ante el altar, ante Dios mismo, porque tiene sus zarpas clavadas en el corazón y en el cerebro?...

¡ Ah! Todo eso sufrió este varón ejemplar, casado espiritualmente por su propia voluntad, en la plenitud de su vida, cuando Eros cantaba eternamente en su alma las dulces églogas del amor...

¡ Oh, heroico, divino suicida (sólo comparable l) al santo alucinado de la Tebaida!

En aquel pueblecito ejerció el Padre Juan Bautista largos años su sagrado ministerio. Tanto predicó de palabra, y más que con la pala-

bra, con el ejemplo, que hubo, en las costumbres de aquel pueblo vicioso y libertino, una admirable transformación. Allí fue un verdadero ministro de Dios, amado y respetado como un santo. /e

Los quehaceres de la parroquia eran pocos, y el Padre Juan, comprendiendo el inmenso peligro que corre el alma, en medio de una vida desocupada, cuando la molicie y la pereza la invaden con su dulce sopor, no se daba punto de reposo; procuró llenarse de trabajo, de obligaciones, de quehaceres / para tener su imaginación siempre ocupada. Cuando concluía la obligación impuesta, y se sentía verdaderamente cansado, leía su breviario, los evangelios, o cualquier otro libro sagrado, que le confortara en aquella lucha gigantesca que sostenía con una legión de deseos que le asaltaban continuamente. /E

Entonces fue cuando concibió la idea de aprender un oficio, que a la vez que le reportara alguna utilidad para la vida, le distrajera y le ocupara todo el tiempo que le dejaba libre su ministerio. No estar desocupado ni un minuto era la obligación que se había impuesto y que cumplió siempre, con muy pequeñas interrupciones. /e

En el pueblo había un zapatero que ganaba lo suficiente para atender a las necesidades de su familia, una mujer y tres hijos, pero malgas-

taba todo el fruto de su trabajo en alcohol; era ya costumbre inveterada en él, empezar a beber los sábados por la tarde y no paraba, muchas veces, hasta el lunes o martes: un verdadero escándalo en el pueblo.

El Padre Juan se propuso ganar aquel hombre, y consiguió inspirarle una leal y franca amistad.

Con frecuencia lo sentaba a su mesa, donde el Padre Juan hacía verdaderas disertaciones sobre el alcoholismo y sus terribles efectos, tan llenas de verdad, tan convincentes, ayudado de cromos fotográficos y de textos que él poseía, y cuyas doctrinas le servían muchas veces para preparar sus pláticas dominicales, con preferencia a otros asuntos pueriles, que el zapatero empezó a variar de conducta, y algún tiempo después, había abandonado la bebida casi totalmente.

El Padre Juan se frotaba las manos de gusto cuando pensaba en el resultado de su obra y murmuraba a cada momento: — Bendita sea la misericordia divina, que me ha permitido, a mí, pobre pecador, rescatar esta alma del infierno del vicio!...

Cuando el zapatero estaba casi curado de su vicio, el Padre Juan lo llamó una tarde para proponerle *un negocio*. El zapatero tenía establecido su taller en un cuarto esquinero de su casa, y ese pequeño local había sido solicitado

en alquiler, con mucha insistencia, por un ganadero del lugar, para establecer allí un expendio de carne. El zapatero se había negado rotundamente a acceder, aun cuando le halagaba mucho la idea de ganar aquella pequeña renta que se le ofrecía; pero la casa era incómoda y no había lugar apropiado para poner su taller. El Padre Juan orilló la dificultad y presentó al zapatero su plan.

— Mira—le dijo—, voy a desocupar la salita esquinera de mi casa, para que te vengas a trabajar en ella; la dejaremos independiente del resto de las habitaciones, y alquilas tu cuarto para la carnicería; pero es entendido que el producto de ese alquiler lo recibirá íntegro tu mujer, para que ella disponga de ese dinero como mejor le parezca; ya verás que cuando menos lo pienses te llega un día con una buena vaca que ha comprado con esa ayuda. No hay economista en el mundo que pueda igualarse a una mujer hacendosa y trabajadora. Cuida cada céntimo, como cuida una clueca a sus pollitos.

— Bueno—contestó el zapatero, a quien halagó mucho el plan del Padre—. ¿Y... usted no cobra nada de alquiler?...

— ¡No, hombre! ¡Qué te había de cobrar!... Es decir sí, te cobraré, pero no en dinero; escucha: a mí me queda algún tiempo desocupado, y como viviré, durante el día, muy cerca de tu ta-

ller, te veré trabajar y me enseñarás el oficio... ,
 pues, para ocupar mis ratos de ocio, y por dis-
 tracción... ¿se parece bien?..

— ¡Qué *caray!*—había contestado el zapatero—
 Usted aprendiendo el oficio! Todo un sacerdo-
 te!.. ¡Eso es chanza!..

— No es chanza; serio y muy serio es lo que
 te propongo.

— ¿Pero de veras, ~~usted~~ va a trabajar en eso
 un sacerdote de Dios?

— El trabajo, cualquiera que sea, es una virtud
 para el *hombre*; mandato divino estatuido des-
 de el principio del mundo: «Con el sudor de
 tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a
 la tierra, porque de ella fuiste formado. Porque
 polvo eres y al polvo serás tornado.»⁽¹⁾

El asunto quedó arreglado, y así fue como
 el Padre Juan Bautista aprendió el oficio de
 zapatero, en el cual trabajaba durante largas
 horas, mientras su imaginación cantaba en su
 alma los salmos que recordaba con el ejercicio
 constante de su memoria.

— ¡A ti, Jehová! levantaré mi alma! Dios mío,
 en ti confío: no sea *yo* avergonzado, no se ale-
 gren de mí mis enemigos, ciertamente todos los
 que esperan, no serán avergonzados; serán aver-
 gonzados los que se rebelan sin causa. Tus ca-
 minos, oh, Jehová, hazme saber. Enséñame tus

(1) Génesis, C. III, v. 19.

sendas. Encamínname en tu verdad y enséñame: porque tú eres el Dios de mi salud, a ti he esperado todo el día. Acuérdate de tus miseraciones, oh, Jehová, y de tus misericordias, que son perpetuas. De los pecados de mi mocedad y de mis rebeliones no te acuerdes; conforme a tu misericordia acuérdate de mí, tú, por tu bondad, oh, Jehová. Mira mi aflicción y mi trabajo, y perdona todos mis pecados.

«Pruébame, oh, Jehová, y tiéntame, funde mis riñones y mi corazón... lavaré en inocencia mis manos; y andaré al rededor de tu altar, oh, Jehová, para dar voz de alabanza y para cantar todas tus maravillas.» (1)

(1) Salmos de David XXV y XXVI, v. 1 a 7, 18.

IV

Al lado de su mesa, el Padre Juan trabajaba encorvado sobre un zapato que mantenía en sus rodillas, y cuya suela clavaba con esa precisión y habilidad que tanto gusta observar a los profanos del oficio. Primero, un golpecito suave para asegurar la posición del clavillo en una perpendicular perfecta, y después, tres o cuatro golpes resueltos y vigorosos que acaban por hundir el clavo y remacharlo contra el hierro de la horma.

Sobre la mesa de trabajo veíanse martillos y tenazas de varios tamaños, cuchillos largos y angostos de punta aguda, horriblemente afilados, que hacían pensar en heridas profundas y mortales; cajillas de hojalata, llenas de clavos de diferentes tamaños y calidades, tachuelas de hierro, pedazos y virutas de cuero, utensilios de diferentes formas, y escudillas de barro con residuos de engrudo negro, todo revuelto y confundido.

En un testero de la pared, ~~pendiente de clavos,~~ veíase multitud de moldes de cartón y de láminas de zinc, cuyo uso debía ser muy frecuente

t a juzgar por lo grasientos que estaban los primeros, y por lo rayados y resquebrajados los segundos. Enfrente, y a corta distancia de la pared, a guisa de mostrador, había una mesa alta para facilitar el trabajo del operario alistador, sobre la cual se veía un tablón de cedro cuya superficie aparecía toda picada y rayada por la constante acción del cuchillo, y a los lados y abajo, ~~V~~ases para machacar el cuero curtido, formado por planchas de planchar ropa, viejas, sin asas, embutidas en pequeños tablo- nes de cedro. En un rincón una piedra de afi- lar, bien montada y con su correspondiente ma- nubrio para hacerla girar, y cerca, sobre una burra, un fuste de madera en espera del forro que muy pronto lo habría de convertir en fla- mante albarda.

En el centro, una máquina sistema «Singer», en cuyo brazo, en la parte superior, se veía una carrucha de cáñamo amarillo. En uno de los rincones advertíase un cuero recién curtido casi entero, arrollado en forma cilíndrica y atado por el centro con un pedazo de cuerda. Ha- ciendo *pendant* con el mostrador, y asegurado en la pared, había un estantillo de madera, des- pintado, en cuyas tablas se veían, enfiladas, di- versidad de hormas de madera, de tamaños y formas varias, algunas de las cuales tenían cla- vadas, sobre los juanetes, pedacitos de suela hábilmente recortados, figurando algo así como

callos postizos. En otro rincón de la estancia se veía un montón de residuos y cortadura de cuero, de diferentes colores y clases, y era ese el lugar favorito donde el gato solía dormir sus largas siestas y desde el cual contemplaba, otras veces, amodorrado en actitud esfíngica, las manipulaciones del Padre Juan. Algunas sillas viejas con asiento de cuero completaban el ajuar de aquel gabinete de trabajo, en el cual pasaba el Padre Juan, en compañía del zapatero, las mejores horas de su vida.

Cuántas veces, mientras clavaba una suela sobre la horma o recortaba sus contornos, había encontrado el tema para su plática dominical o para algún sermón de los muchos buenos que recordaba haber predicado; pues mientras con sus manos trabajaba en obras tan humildes, su imaginación volaba a otras esferas y se sumergía en el cielo siempre luminoso de su fe, desde el cual salía armado de los más nobles y excelsos sentimientos de amor y de caridad, para esparcirlos a su lado, entre sus semejantes, como semilla, ~~como lluvia~~ bienhechora.

La costumbre del trabajo manual a que desde tantos años, se dedicaba, era para el Padre Juan una verdadera necesidad. En los primeros tiempos, cuando estaba joven, lleno de vida y asechado por las tentaciones y la rebeldía de su carne, que temblaba y se estremecía como un potro bajo la presión de la silla del domador,

aquel trabajo asiduo y constante había sido su salvación. Se había aferrado a él, como náufrago a la tabla, seguro de que no hay nada que tanto excite las humanas pasiones como esa vida de molicie y holgazanería que lleva la generalidad de los curas en ciertos lugares apartados, en los cuales, por otra parte, se ven rodeados de atenciones y de un servilismo rayano a veces en la imbecilidad!... ~~Ellos, por orgullo, y por una especie de satisfacción, alientan y robustecen ese servilismo, que llega a convertirlos en la peor casta de caciques: en los caciques de la conciencia de un pueblo que explotan, a veces, a todo su sabor, llegando a acumular grandes fortunas en sus arcas y buen número de odaliscas en un serrallo, constantemente renovado.~~

10
El Padre Juan, propuesto a ser un verdadero apóstol del crucificado, desde que se resolvió a seguir la carrera sacerdotal, había renunciado al mundo y sus placeres, y empezó su vía dolorosa con el ánimo y la resolución de un mártir. Bastantes ejemplos tuvo a la vista de sacerdotes que sólo se distinguían de los demás hombres por su vestidura talar y su tonsura, y esos ejemplos, lejos de tentarlo, lo fortificaron en su propósito. Comprendía que vivir fuera del amor, norte y centro de la vida, era existir como un átomo perdido en la inmensa armonía universal, sin ruta, sin órbita, a veces abrazado

por el ardiente calor de un sol que lo atraía, y a veces errante en las nebulosas frías, en las tinieblas de una desolación infinita, lo que constituye el más alto de los martirios a que puede sujetarse el ser humano.

Él había hecho votos fervientes de ~~pureza~~ ^{pobreza} y de castidad, y todos los actos de su vida convergían a robustecer sus esperanzas para no violarlas, para no escarnecerlas. Antes que hipócrita y perjuro, mártir y santo. Ante este dilema frío e implacable, el Padre Juan no había vacilado; sí, mártir y santo; su alma gozaría de la venturanza eterna.

Ahora, ya viejo, en el ocaso de la vida, el Padre Juan volvía la vista hacia atrás, y contemplaba con los ojos de su alma el camino recorrido.

— Ah — se decía — si por un mandato del Todopoderoso, tuviese que volver a vivir lo que he vivido!...; Jesús, mil veces!... — Y su cabeza venerable caía entre sus manos, agobiada ante la idea de tal suplicio.

Muchas veces permanecía así, con un zapato sobre sus rodillas, apretado con el tirapié, largo rato, en honda meditación, de la cual venía a sacarlo la voz de alguna persona conocida, que desde la puerta le decía:

— Buenos días, *tata* Padre.

— ¿Qué tal, hijo? — contestaba dulcemente el anciano. — ¿Cómo sigue tu mamá?

— Ya está un poquito mejor... La disentería ha sido muy mala, pero ya se levantó... Venía a traerle el piquillo de los zapatos que le hizo. Quedaron muy buenos; no le molestan, a pesar de que nunca se ha puesto *eso* en los pies. Son tres colonos, *¿verdad?*...

— Mirá, hijo, lleváelos a tu madre, que bastante los necesitará ahora para sus alimentos. Después, cuando puedas, los traerás. Entra, dile a Tanasia que te dé un pollito tierno, que está en el patio, y le haces un caldo a tu madre... ~~Pobre, si está consumida como un cadáver.~~

Estos donativos del Padre Juan ponían a Tanasia de muy mal humor, a causa de ser tan frecuentes, que muchas veces sucedía que en la casa no quedaba de qué echar mano, y entonces la celosa ama iba a protestar donde el Padre, que se reía y contestaba tranquilamente:

— Aquí todo sobra, hija mía...

— Sí, pero la caridad entra por casa — insistía la vieja.

— No, hija, la caridad debe salir de casa con los brazos abiertos para todos, como está aquella cruz — y, ~~así diciendo~~, señalaba la cruz del campanario que se veía, desde el cuarto de la zapatería, destacarse en el fondo azul del cielo. ~~aquella tarde luminosa.~~



V

El cura de El Piñal, pequeña villa situada en un pintoresco valle, distante de San Roque unos veinte kilómetros, era un hombre de cuarenta y cinco años, de complexión robusta y sanguínea. Habíase resuelto a seguir la carrera eclesiástica como se habría hecho carpintero o agricultor, sin vocación ninguna, sin aspiraciones altas y nobles, y sólo por gratitud y obediencia hacia sus padres, quienes le indujeron, casi a la fuerza, a seguir una carrera tan contraria a su idiosincrasia. Varias tentativas hizo aún, después de haber recibido las primeras órdenes, para abandonar aquel camino que había emprendido sin fe, sin entusiasmos, sin esa noble emulación que presta alas al espíritu para surgir alto, muy alto, dignamente, cuando se desea realizar las más nobles aspiraciones del alma; pero fue nuevamente reducido a proseguir los estudios, por consejos y amenazas de sus padres y por los sermones, a veces agrios, a veces dulces, de cierto prelado que secundaba los deseos y aspiraciones de los padres de aquel rebelde que intentaba dejar la senda de la virtud para pro-

seguir la escabrosa del vicio. Y el rebelde volvía al Seminario como un recluso a su celda, y apechugaba con aquel endiablado latín, que se le atragantaba y cuyas conjugaciones le crispaban los nervios, le volvían loco. Fue pésimo estudiante. Era un mochuelo revoloteando en una habitación alumbrada con luz meridiana; alzaba el vuelo para ir a estrellarse contra los muros, y caer después palpitante, arrastrándose, a pesar de sus alas, volviendo a alzarse, para ~~volver a~~ caer en esa lucha ridícula y desesperada de la impotencia...

¿Cómo querían que volara con aquellas alas postizas y ridículas, en aquel ambiente tan ajeno a su medio, a su temperamento?...

Pero, como para llegar a un punto, por distante que esté, existe un *secreto*, el de ponerse en marcha hacia él, y caminar, caminar continuamente, el pobre rebelde llegó al término de su carrera, después de mil penalidades y congojas. Se vio, por fin, ordenado, y poco después nombrado cura párroco de El Piñal, lugar de su nacimiento, y único poseedor de los bienes de sus padres, consistentes en un cafetal de cinco hectáreas, con casa de habitación, en un potrero de dos hectáreas, en un cañal de igual capacidad, y en un trapiche, que, aunque de planta primitiva, movía con frecuencia sus masas, y no era raro oír, cuatro días seguidos, las notas tristes y gemebundas de sus maderas, bajo aquel

cobertizo ahumado que se alzaba más allá de la calle *ronda* y a la vera del cañalito que ostentaba perennemente los verdes abanicos de sus hojas.

Los progenitores del cura de El Piñal cumplieron, como buenos cristianos, el ofrecimiento que tantas veces hicieron a su hijo, de dejarle único heredero de su hacienda, siempre que terminara honrosamente la carrera sacerdotal; y por su parte no le pareció mal al cura verse dueño de dicha hacienda, por aquello de que «las penas con pan son más llevaderas». Después de muertos sus padres abandonó la casa donde había corrido su infancia feliz, por estar un poco alejado del centro; dejó allí al mandador de la finca, a fin de que vigilara el cafetal y demás dependencias, y se instaló en la casa cural de la villa, casa alegre y coquetona, sombreada al frente por corpulentos árboles de mango, con jardinillo, baño y todas las comodidades con que sabe rodear un pueblo, profundamente religioso, a su querido cura. Éste fue bien recibido por los principales vecinos del lugar. /e

Joven, robusto, de rostro franco y jovial y recia barba que rasuraba él mismo día de por medio, y un tanto alegre y amigo de fachen-dear, se captó la amistad de güelfos y gibelinos, y lo que es más, la simpatía de las muchachas.

En grave apuro me vería yo, pobre narrador

de esta cuasi historia, para decidir si las caridades del Padre Félix, cura de El Piñal, eran hijas de ese sentimiento celestial al cual dedicaron su vida entera San Francisco de Pádua, San Vicente Ferrer y otros tantos que gozan de la venturanza eterna, o si eran hijos de la vanidad y del prurito de agradar. No quiero entrar en tales disquisiciones, pero sí he de hacer completa justicia al Padre Félix, asegurando que nunca quiso recibir las primicias que algunos timoratos le llevaban a su casa, en cumplimiento de añeja costumbre del pueblo. Casi siempre las rechazaba, amable y risueño, con gran satisfacción del tributario, quien volvía a su casa con el marranito al hombro, o con la carretada de maíz que había sacado, en un rato de ardimiento religioso que procuraba avivar para no desfallecer ante cierta reacción que empezaba a alzar en su conciencia la hidra revolucionaria, cuando pensaba en sus hijos y en su mujer que le ayudaban en la faena de cargar la carreta, dando unos suspiros de resignación tan hondos, que parecía que aquellas mazorcas se las arrancaban de las entrañas.

—Vaya, qué *tata Padre* tan bueno, tan desprendido; ¡es lo que hay noble!

Bien es verdad que el señor cura no necesitaba, para vivir, de tales prebendas, porque los emolumentos que cobraba *religiosamente* de los fondos de la mayordomía, y los productos del